

DON CARMELO DE DIEGO LORA

Semblanza escrita por Antonio Viana, decano de la Facultad de Derecho Canónico

No por esperada, después de una enfermedad que le ha afectado en los últimos años, deja de impresionar la muerte de don Carmelo de Diego Lora. Ha dado el salto a la vida eterna muy cerca ya de cumplir los 98 años, casi un siglo de vida larga y fructífera.

De don Carmelo se puede destacar un amplio currículum profesional y universitario. Fue juez y magistrado en diversos juzgados españoles hasta el año 1964, cuando recibió la ordenación sacerdotal. Para entonces ya había obtenido dos doctorados: en derecho civil y en derecho canónico; y se había incorporado a la Universidad de Navarra, primero como profesor en la Facultad de Derecho y más tarde en la Facultad de Derecho Canónico.

Aparte de diversas responsabilidades en la Universidad, don Carmelo trabajó largos años como profesor en la Facultad de Derecho Canónico, de la que fue primero Vicedecano, formando un gran equipo directivo con el inolvidable Amadeo de Fuenmayor, y más tarde Decano. En su decanato don Carmelo se ocupó especialmente de impulsar el trabajo de un grupo de profesores entonces muy jóvenes que sustituyeron a los que habían comenzado en Roma los estudios de derecho canónico en la Universidad Pontificia de la Santa Cruz, a mediados de los años ochenta del siglo pasado.

En el modo de ser de don Carmelo han destacado dos características notablemente: su afabilidad y su laboriosidad.

Ha sido un sacerdote profundamente afable. De conversación atenta y agradable, muy acogedor. Siempre tenía tiempo para una consulta, escuchar un desahogo ante el aumento del trabajo o dar un oportuno consejo a quien se lo pedía. No parecía tener prisa y siempre te esperaba con una sonrisa. Solía reírse de todo y con todo: las informaciones que parecían preocupantes; las más altas y sesudas cuestiones de metodología científica y académica, que solía relativizar con dulce ironía; las noticias que le llegaban de su tierra andaluza sanluqueña. Las ocupaciones diarias eran para él motivo de sonrisas y comentarios divertidos.

Mantuvo su sonrisa y buen humor durante los últimos años de su vida. Cuando le visitaba en la Clínica Universidad de Navarra, donde él ocupaba una habitación en la que no faltaba una imagen de su amada Virgen del Rocío, se interesaba sobre todo por las personas que ambos conocíamos, preguntaba por cada una y hacía comentarios siempre alegres y positivos, nunca amargos o pesimistas.

Ha sido también muy laborioso. Estaba donde se le necesitaba. Estudió muchos libros y publicó muchos ensayos de derecho procesal; sirvió a la Universidad de Navarra en tareas muy diversas: en la docencia, la dirección de personas, la investigación científica, también como capellán mayor durante algunos años. Dedicó también muchas horas y largos años a colaborar con la Junta jurídica de la Conferencia episcopal española.

Se puede afirmar con agradecimiento que don Carmelo nos benefició mucho con su sonrisa y su trabajo. Trabajó *ut iumentum*, como un borrico, por recordar el animal sobrio, paciente y laborioso, que tanto enamoraba a san Josemaría Escrivá de Balaguer, al sentirse así: un humilde trabajador en el campo de Dios y al servicio de la Iglesia.

Nuestro buen Padre Dios habrá sabido premiar con la vida eterna un trabajo sacerdotal tan intenso, alegre y fecundo. Descanse en Paz.